

Rocca di Papa, 30 de diciembre de 1984

7 de Diciembre de 1943

(...) Yo tenía 19 años y sentía una gran sed de Dios; era Él quien me hacía sentir esa sed. Era una sed tan fuerte que, por ejemplo, cuando veía a un sacerdote le preguntaba: “¿Usted ha estudiado teología?” “sí”. “Hábleme de Dios”. Pensaba que sabría hablar de Dios porque había estudiado... Y él callaba porque no sabía responderme.

En otra ocasión, yo quería ir a la Universidad y, como era pobre, solicité una beca para la Universidad Católica. Hice un examen pero por un punto, no pude entrar. Aún recuerdo lo que lloré, porque yo pensaba que en la Universidad Católica me habrían hablado de Dios. Me acuerdo - se lo confío en secreto- que en medio del llanto (todavía recuerdo aquella salita, con mi madre) dentro de mí sentí como si alguien me dijese: "Yo seré tu Maestro". Y ¡ha sido así!

Más tarde, me invitaron - yo estaba con las estudiantes católicas - me invitaron a participar en un curso en Asiago. Si hay alguien de Trento sabe que Asiago es una meseta que está cerca de Trento. Recuerdo algo de allí que quiero decirles, porque es útil. Yo estaba ilusionada por ir: "por fin me hablarán de Dios, me dirán... quién sabe qué predicadores habrá y me hablarán de Dios. Pero cuando estaba a punto de partir, hubo una amenaza de guerra; así que mi padre me dijo: "No, no puedes irte porque tal vez aquí estalle la guerra". Y yo, como sentía dentro ese deseo de hacer la voluntad de Dios, ese deseo de santificarme, le obedecí, casi de forma heroica. Pero me gustaba obedecer, hacer un acto así. Obedecí.

Y gracias a este acto Dios se manifestó después en Loreto. Para decirles que si quieren saber lo que Dios quiere de ustedes, siempre después de la muerte nace la vida, después de la poda renace el brote, etc.

De hecho, apenas pocos meses después me invitaron a ir a Loreto. Para mí, siendo de Trento, Loreto estaba lejísimos, en medio de Italia, es una ciudad que está cerca de Ancona, una ciudad famosa - quizás no todos lo sepan o quizá sí- porque antes se decía que en esa ciudad, los ángeles... ahora, en cambio, después de varios estudios, se sabe que una familia llamada Ángeles transportó la casita (y parece ser que es bastante cierto) la casita de María, durante las cruzadas, la transportaron desde Nazaret hasta Loreto y construyeron alrededor una fortaleza enorme para poder protegerla.

Y fui a Loreto - yo apenas sabía que existía- y entrando en la Iglesia grande, me dirigí a la capilla, que no es una capilla, es la casita de Jesús, José y María, o sea, la Sagrada Familia. Y allí me sucedió algo verdaderamente extraordinario, porque Dios interviene de vez en cuando. Sentí una conmoción tan fuerte, tan fuerte que me parecía estar aplastada por lo divino que contemplaba a mi alrededor. Para mí era tan real la idea de que por allí tal vez había pasado Jesús, que aquellas paredes habrían escuchado resonar la voz de María, su canto, a José, la Anunciación, al ángel. Todo esto lo sentía tan vivo que yo no hacía más que llorar, y yo no era una chica que llorase fácilmente, pero no hacía más que llorar. Me sentía como si tuviese la cúpula de San Pedro sobre mis espaldas del peso de aquello divino que me aplastaba. Después miraba aquellas paredes, aquellas maderas y las tocaba; pensaba: “quizás san José... estas maderas tan

ennegrecidas, así todo el resto”. Tanto es así, que los días siguientes, apenas podía, me escapaba e iba allí siempre, a la casita. Y estando allí, en aquella casita, de una forma sutil, sutil, el Señor me hizo entender que mi camino estaría relacionado con aquella casita, relacionado con aquella familia, con aquella familia, con la Sagrada Familia. Y el último día que estuve en Loreto, entré en la Iglesia y vi que estaba llena, mis compañeras y otras chicas que estaban allí, con el velo blanco, como se usaba entonces. Yo estaba en el fondo y allí tuve la sensación, es más, la certeza de que se cumpliría esta frase: 'Te seguirá una hilera de vírgenes. Yo no comprendía (...) una hilera de vírgenes. Estos fueron los primeros indicios, los primeros síntomas de la vocación.

Luego, ¿cómo se concretó todo? ¿Cómo surgió la casita? ¿Cómo nació esta realidad?

Pasaron cuatro años, porque allí tenía diecinueve y ahora llegamos a 1943. También en aquella ocasión, mientras hacía un acto de amor, porque mis hermanas no querían ir a comprar la leche porque hacía frío; una dijo que no, la otra dijo que no (mi madre no me pedía a mí que lo hiciera porque estaba estudiando), pero yo, queriendo hacer una cosa buena, dije: “voy yo”; así que hice un acto, como decimos nosotros, de caridad, porque no tenía que ir yo.

Durante el camino, mientras iba hacia allí, hacia donde se compraba la leche, sentí que Dios me llamaba, me detuve de pronto, era como si me dijese: “Date toda, date toda a mí”. Me detuve, estaba sorprendida... fui a comprar la leche, volví a casa y escribí una carta llena de entusiasmo a un sacerdote contándole todo esto. No recuerdo qué escribí, pero debió ser una carta tan llena de fuego que el sacerdote -que generalmente daba permiso para consagrarse a Dios, pero por un mes o dos meses, para hacer la prueba, hacer la prueba, hacer la prueba - me dio el permiso (también había consultado a otros) para consagrarme inmediatamente para toda la vida.

Fue así como obtuve el permiso y el 7 de diciembre de 1943 fui sola: se había desatado una gran tormenta; tenía la impresión de que el mundo estaba contra mí. Ya había conocido a algunas de las focolarinas porque yo daba clases a Dori; había conocido también a otra... pero ellas no sabían nada de todo esto, no eran cosas que hablábamos entre nosotras.

Me dirigí hacia allí; me habían preparado un banquito cerca del altar y llevaba en la mano un misal pequeñito, muy pequeño. Pronuncié la fórmula con la que me consagré a Dios totalmente para siempre. Me sentía tan feliz que, quizá, ni siquiera me daba cuenta de lo que estaba haciendo, porque que era muy joven. Sólo en el momento en el que pronuncié la fórmula tuve la impresión de que un puente se derrumbase a mis espaldas; que ya no podía volverme atrás, porque ya era totalmente de Dios, por lo tanto no podía dar marcha atrás. Y en aquel momento me cayó una lágrima sobre el misal.

¡Pero la felicidad era inmensa! Y, ¿saben por qué? Me casaba con Dios, por lo tanto me esperaba todo el bien posible: ¡Será fantástico, será una divina aventura, extraordinaria! ¡Me desposé con Dios! Y después hemos comprobado que realmente ha sido así.

Chiara Lubich